



Reinos de Fe

ORDENES SACRAS

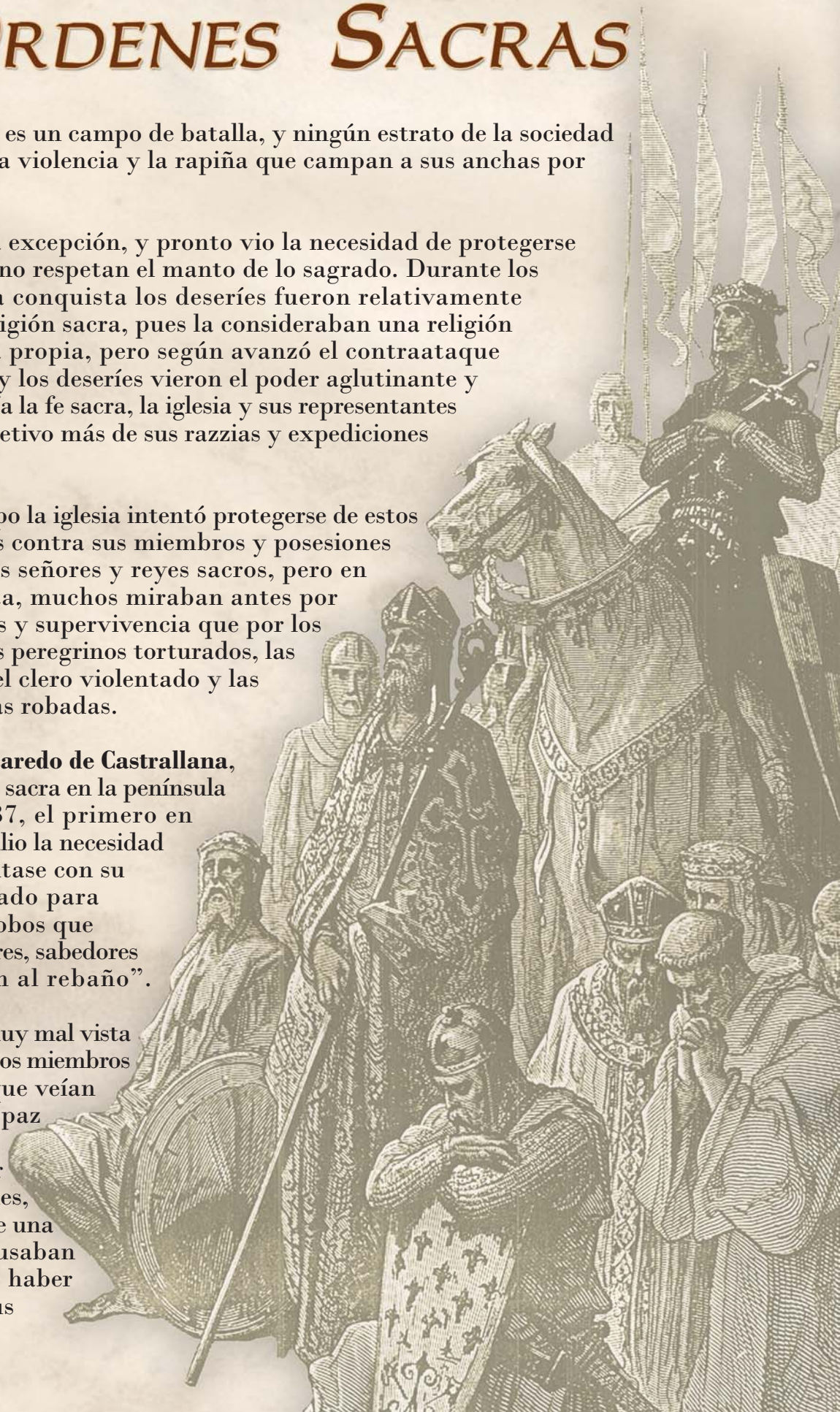
La **Península Aérica** es un campo de batalla, y ningún estrato de la sociedad puede sustraerse a la violencia y la rapiña que campan a sus anchas por todas las regiones.

La Iglesia no es una excepción, y pronto vio la necesidad de protegerse frente aquellos que no respetan el manto de lo sagrado. Durante los primeros años de la conquista los deseríes fueron relativamente tolerantes con la religión sacra, pues la consideraban una religión hermana de la suya propia, pero según avanzó el contraataque de los reinos sacros y los deseríes vieron el poder aglutinante y fortalecedor que tenía la fe sacra, la iglesia y sus representantes pasaron a ser un objetivo más de sus razzias y expediciones de castigo.

Durante algún tiempo la iglesia intentó protegerse de estos ataques y violencias contra sus miembros y posesiones tras las armas de los señores y reyes sacros, pero en una época como esta, muchos miraban antes por sus propios intereses y supervivencia que por los padecimientos de los peregrinos torturados, las iglesias quemadas, el clero violentado y las riquezas eclesiásticas robadas.

Fue el **Cardenal Recaredo de Castrallana**, dirigente de la iglesia sacra en la península entre el 824 y el 837, el primero en formular en un concilio la necesidad de que la iglesia contase con su propio cuerpo armado para defenderse “de los lobos que violentan a los pastores, sabedores que así quebrantan al rebaño”.

Tal declaración fue muy mal vista tanto por determinados miembros de la iglesia sacra, que veían como el mensaje de paz del **Sacrosanto** era vulnerado, como por los señores temporales, que temían la idea de una iglesia armada y acusaban la insinuación de no haber sabido proteger a sus padres espirituales.



Largos años pasaron mientras tal cuestión se debatía, acumulándose las afrentas contra las posesiones eclesiásticas y sus servidores, hasta el famoso hecho de armas de **Villablanca**. Ocurrió que en el año de nuestro señor **Sacrosanto** de 873, habiendo sido recientemente tomada la aldea deseri de **Al-Balayma**, repoblada con gentes sacras, rebautizada como **Villablanca** y sede de una comunidad de frailes de la **Orden de San Cipriano**, fue atacada por un contingente deseri, sediento de venganza y ansioso por degollar a todo sacro que hubiera osado pisar su tierra.

Rápidamente aniquilada la escasa guarnición, y sin muralla tras la que guarecerse, la población de **Villablanca** pronto se concentró en el único edificio de piedra que ofrecía alguna seguridad, el monasterio. Por suerte para la comunidad, recientemente habían hecho los votos como novicios en ese monasterio dos antiguos caballeros, **Don Fernando Arista** y **Don Rodrigo de Barcena**, que buscaban retirarse de una vida de luchas y temores en pos de una paz espiritual.

Fueron ellos los que convencieron al abad de la necesidad de defenderse con las armas de sus asaltantes deserís que no marcharían “hasta haber cercenado la última de las flores del jardín del claustro”. La fortaleza de su fe, y el convencimiento de actuar bajo la protección de **Dios** daría el empuje necesario a los hermanos para expulsar a los invasores o morir defendiendo buenas almas sacras.

Mientras los deserís saqueaban **Villablanca**, dejando su monasterio sitiado para asaltarlo al día siguiente, estos dos caballeros, junto con los diez monjes más jóvenes y robustos y amparándose en la oscuridad de la noche, descendieron hasta la población y se apoderaron en silencio de cuantas armas y bagajes pudieron, equipándose apresuradamente y retirándose a una colina cercana donde prepararse para el ataque al amanecer.

Largas fueron las horas mientras los monjes, ataviados con armaduras que les resultaban del todo extrañas, se consagraban al rezo, pidiendo fuerzas para enfrentarse a los expertos guerreros de **Al-Desir**. La mayoría de ellos estaban aterrorizados como sólo aquel que nunca se ha medido en el campo de batalla puede estarlo, pero **Fernando** y **Rodrigo** estuvieron confortando a sus hermanos incansablemente, recordándoles su sagrado deber, ya que poco más que su fortaleza y ánimo podían darles en esos momentos de tribulación.

Cuando el sol empezó a despuntar en el horizonte, **Don Fernando** pronunció las famosas palabras que todavía hoy se recuerdan a muchos caballeros Sacros antes de entrar en batalla: *“Ea señores, que los peligros son muchos pero nuestra causa es justa. Si hemos de caer no podemos elegir mejor momento ni lugar que este, defendiendo nuestra fe y a nuestros hermanos. Que sea la voluntad del Señor. Amen”*

Gritando el nombre del **Sacrosanto** los doce hermanos por la fe y la espada bajaron la colina chocando violentamente contra los sorprendidos deserís. Tras un día de violentas luchas, fortalecidos los monjes por el poder de la fe (y muchos afirman que por el mismísimo **Sacrosanto**) fueron expulsados los deserís de **Villablanca** dejando muertos tras de sí a muchos de los suyos y a ocho de los valerosos frailes, entre los que se encontraban **Fernando** y **Rodrigo**, que murieron fieles a su compromiso de defender a sus hermanos en la fe hasta su último aliento.

Los cuatro frailes supervivientes se negaron a entregar sus espadas, y decidieron retirarse a la colina donde habían pasado la noche para construir un eremitorio y vivir allí en comunidad, consagrados al rezo y al entrenamiento marcial, por si sus hermanos volvían a estar en peligro.



Enterraron en su ermita a los caídos en la lucha y pidieron humildemente al **Santo Padre** la autorización para crear su propia regla y fundar así la **Sagrada Orden de los Caballeros Sacros**. Impresionados por el ejemplo de valor y sacrificio, nadie se atrevió a negar esta petición.

Pronto esta orden alcanzó gran fama y prestigio, y numerosas fueron las donaciones y las vocaciones con las que fue bendecida. En los cien años siguientes creció hasta formar unos mil monjes-caballeros y poseer diez bastiones en las fronteras sacras. Sin embargo las disensiones afloraron en el seno de la orden. Había hermanos que deseaban dar un enfoque más agresivo a la orden, consagrándose no sólo a la defensa de los territorios sacros, sino a la expulsión del enemigo deserí, mientras que otros preferían seguir siendo defensores, protegiendo las posesiones de la iglesia y a sus fieles, pero sin provocar más violencia en la ya devastada península.

Durante treinta años se intentaron solventar estas discrepancias, pero tras ese tiempo los dirigentes de la orden entendieron que tales eran irreconciliables y procedieron a una división de la orden en dos.

Por un lado aquellos caballeros decididos a hacer la guerra al infiel allí donde se encontrase se agruparon bajo la advocación del **Arcángel San Gabriel**, el Azote de Dios, y por otro aquellos que preferían entregarse a la defensa de sus hermanos y las posesiones eclesiásticas escogieron como patrono a **San Damián**, un bibliotecario y hospitalero de peregrinos en tiempos de las persecuciones a los sacros por parte del **Imperio Antiguo**.

Todas las posesiones de la primitiva orden de los **Caballeros Sacros** fueron divididas en partes iguales y cada orden quedó como hermana de la otra, unida por los lazos del afecto y el origen común, pero con objetivos diferentes.

Actualmente ambas órdenes son fuertes y disfrutan de una buena salud, aunque las relaciones entre ellas se han enfriado como consecuencia de sus diferentes enfoques sobre el problema deserí. Ambas tienen reglas y organización parecidas, y no es extraño que un integrante abandone una para iniciarse en la otra, en función de sus ideales.

Hay cuatro grados dentro de cualquiera de las dos órdenes:

Hermano Novicio: Aquellos que acaban de entrar en la orden y son adiestrados en los Principios y las habilidades que debe poseer un monje guerrero. También son llamados en ocasiones Escuderos.

Hermano Sargento: Se trata del novicio ya formado, que puede escoger entre convertirse en caballero o permanecer en este estado, dentro del cual se le permite casarse y formar una familia y teniendo una observancia religiosa menos estricta. Tan sólo han hecho el voto de obediencia a la orden y normalmente viven fuera de los muros de la fortaleza monasterio, siendo valiosos miembros por su conocimiento del mundo exterior. Algunos de ellos son administradores o artesanos al servicio de la orden.

Hermano Caballero: Aquel que ha escogido combinar en su vida la doble disciplina del fraile y del guerrero. Entregado a la oración, el estudio y la práctica militar y obligado por sus votos de Obediencia, Defensa de la fe, Pobreza y Castidad, vive recluido en su fortaleza monasterio salvo en caso de estar en desempeño de alguna tarea.



Hermano Maestro: Cada una de las dos órdenes tiene su propio Maestro, el líder militar y espiritual de la orden, que es aconsejado por un consejo de caballeros veteranos. El dirigente de cada una de las fortalezas monasterio es llamado Hermano Abad y entre estos suele ser escogido el nuevo maestro por decisión del capítulo de Hermanos Veteranos (aquellos con mas de veinte años en la orden).

Existe una tercera orden mayor en los reinos sacros, la Hermandad de los Caballeros del Santo Sudario, pero su fundación es posterior y su organización interior totalmente diferente...y desconocida. A parte de estas tres existen otras ordenes que han seguido estos bravos ejemplos y se han constituido como Órdenes Militares, pero no tienen la fuerza ni la fama de estas tres, limitándose a determinados reinos y con una presencia política y militar inferior.

Orden de los Caballeros de San Gabriel

“Por la fé, Por nuestro Señor Sacrosanto!!”

Quizás la orden militar mas famosa, **los caballeros de San Gabriel** tienen a gala su gallardía, su arrojo en momentos de peligro y su resistencia cuando toda esperanza parece perdida. No hay mayor orgullo para un caballero que morir en la batalla por la fe.

Desde su creación, los **gabrielitas** se han creado fama de infatigables defensores de su fe por la fuerza de las armas, azote de los deseríes y castos guerreros, tan sólo preocupados en pulir sus habilidades marciales y su alma para cuando llegue su combate definitivo. Las numerosas donaciones que ha recibido la orden desde su fundación debido a su fama, y el hecho de que muchos de sus integrantes son antiguos nobles que por diversos motivos han abrazado una vida religiosa, hacen que además estén muy bien pertrechados para su oficio: la guerra contra el infiel.

Tradicionalmente un **caballero de la Orden de San Gabriel** será honesto, franco, firme defensor de a iglesia sacra, valiente rayando en la temeridad y deseoso del enfrentamiento directo y honorable. Consideran a los deseríes unos invasores crueles y bárbaros que hay que hacer desaparecer para restaurar la unidad en la fe en la península. También han protagonizado algunas campañas contra las paganas tribus norteñas, especialmente cuando estas han atacado a algún miembro o propiedad de la iglesia.

Visten sobrevesta sencilla, blanca con la cruz roja del **Sacrosanto**, con capa blanca encima. Sus escudos y estandartes son del mismo color.



Orden Hospitalaria de San Damián

“Da gloria Señor, no para nosotros, sino para tu nombre”

Conocidos también como **Damianos** o **Caballeros Negros**, el principal afán de esta orden es preservar de la brutalidad y destrucciones de la guerra a los indefensos y a los sagrados bienes de la iglesia. Infatigables buscadores de reliquias y protectores de la cultura sacra, un caballero de la **Orden Hospitalaria de San Damián** normalmente será sutil y comedido, versado en la cortesía y la cultura y tan sólo dispuesto a usar la violencia si es imprescindible. Tan sólo el rumor de sufrimientos de fieles, destrucción de reliquias u obras religiosas sacras puede inflamar la ira de un **Caballero de San Damián**. Ven a los deseríos como dignos e inteligentes enemigos, aunque sigan una fe equivocada, con los cuales a veces se puede negociar y de los que los Sacros podrían aprender un par de cosas. Escandalosos para muchos han sido los acuerdos a los que han llegado a veces con los deseríos, permitiendo el intercambio de reliquias, prisioneros, determinados peregrinajes a lugares santos...

Visten sobrevesta sencilla, negra con la cruz blanca del **Sacrosanto**, con capa negra encima. Sus escudos y estandartes son del mismo color.



Hermandad de los Caballeros del Santo Sudario

“¡¡Hazme digno!!, ¡¡Hazme digno!!” (a veces entre aullidos, llantos e incoherencias)

El origen de esta Orden está envuelto en el misterio y la superstición, como tantos aspectos de la misma. En el año 745, al poco tiempo de la invasión deserí, el **Santo Padre Sacro Boecio**, de origen **Aérico** y que en ese momento residía en **Itálica**, tuvo una visión. En ella, el **Sacrosanto**, en pleno dolor y llanto por su pasión le exhortaba a volver a su patria para ayudar a liberarla del infiel, escogiendo para ello a los más ardientes seguidores de la fe, portando su sudario para confortarlos y hacerles saber que llegaba en su nombre.

Tan vívida fue su visión que esa misma noche el **Santo Padre Boecio** escapaba de su propio palacio con el **Santísimo Sudario del Sacrosanto** envuelto alrededor del pecho, y disfrazado como un peregrino más llegó de incógnito a la península. Cuando comenzó su prédica en **Barcena**, exhortando a todos a tomar las armas para expulsar al infiel, nadie pareció escucharle, sufriendo grandes calamidades y necesidades pues fue tomado por un loco aferrado a un viejo trapo. Comenzó a dormir entre los menesterosos y los indeseables, contagiándose de lepra en el proceso. Mientras, media iglesia le buscaba con afán por todo el continente.



Entre los enfermos y los abandonados por fin encontró **Boecio** a aquellos fervientes seguidores que su causa necesitaba. Muchos se dieron cuenta de que el contacto con el sudario les fortalecía y hacía olvidar los dolores de sus enfermedades, comenzando a seguir a un cada vez más fanatizado **Boecio**, que en cada lugar veía señales que le impelían en su cruzada. Pronto reunió junto a sí un pequeño ejército de enfermos, leprosos y desarrapados con los que partió hacia la frontera, dispuesto a comenzar su cruzada.

Todavía hoy es un misterio como semejante turba pudo derrotar al soberbio ejército del poderoso Señor de la guerra **Abd-Al- Malik** en la llanura de **Zamarra** y logró tomar su castillo, pero un año después el pendón de una nueva orden de caballería flameaba en sus almenas.

Boecio murió por sus heridas al poco de tomar la fortaleza, pero hizo jurar a sus seguidores que continuarían lo que el empezó. Cuando lo desvistieron para su entierro todo estigma de la lepra había desaparecido, así que fue considerado como santo y enterrado como tal. Cuando se supo del destino final del enloquecido **Santo Padre** y la localización del sudario la iglesia quiso recuperarlo, pero la oposición que ofreció la recién formada **Hermandad de los Caballeros del Santo Sudario** fue tal, y la tibieza del **Rey de Torreleón**, que admiraba su valor y agradecía los servicios que habían prestado al reino, hicieron que el Santo Sudario permaneciese en el **Castillo de Zamarra**, actual sede de la orden.

El funcionamiento de esta **Hermandad de Caballeros** es casi desconocido. Guardan el Sudario con celo insomne, y solamente permiten visitarlo a enfermos incurables o a muy contadas personas cercanas a la orden. Se cuentan numerosos milagros que ha realizado el sudario, como calmar los dolores a los moribundos, curación de llagas y heridas, fortalecer al desesperanzado, infundir valor al débil...

La orden acepta a todo aquel desesperado o enfermo que demuestre una verdadera convicción de poner lo que le queda de vida al servicio de la fe, y le asignan un servicio de acuerdo con sus posibilidades. Los **caballeros del Santo Sudario** y todos aquellos miembros de la orden que son vistos por ojos extraños van siempre embozados y cubierta la cara con su casco o con amplias ropas, asomando muchas veces vendajes entre sus vestiduras o piezas de armadura. Nadie sabe si todos los miembros de la orden sufren de lepra u otras infecciones o simplemente lo hacen por respeto a otros miembros de su orden que si lo están.

Su conversación escasa y críptica, su secretismo y su fanático comportamiento les ha creado la fama de lunáticos y ha estado a punto de acarrear su excomunión como orden en varias ocasiones, pero cierto es que su lealtad a la iglesia y valor en combate son legendarios. Nunca un caballero del Santo Sudario ha retrocedido en batalla, ignorando muchas veces heridas que habrían incapacitado o matado a un hombre normal y luchando con una energía y valor excepcional. Muchos soldados están más que dispuestos a soportar su comportamiento excéntrico si van a luchar a su lado, y cualquier comandante de ejército sacro duerme mejor si sabe que cuenta con un contingente de **Caballeros del Santo Sudario** entre sus tropas.

Visten sobrevesta amarilla con cuatro bandas rojas diagonales, representando el sudario manchado por las marcas de la sangre de Sacrosanto, con capa negra encima. Sus escudos y estandartes son del mismo color

